



VIII

TOMA Y SAQUEO DE CÁDIZ

1596

Incita á la comisi3n el despacho de Antonio P3rez.—La acelera la conquista de Cal3s.—Armada anglo-holandesa.—Sus jefes.—Manifiesto publicado.—Reconocen la boca del Tajo.—Siguen á la bahía de Cádiz.—Disposiciones defensivas.—Ausencia de los generales de marina.—Indecisi3n.—Ataque.—Incendian á la armada y á la flota.—Pánico y abandono en la ciudad.—Entran los ingleses sin resistencia.—Horrores del saco.—Márchanse dejando reducida á cenizas la poblaci3n.—El Duque de Medina-Sidonia.—Desembarcan en Faro.—Episodio curioso.—Se presentan ante la Coruña.—Alarma.—Proceso y sentencia de los encargados de la defensa de Cádiz.—Llegada de las flotas.—Armada contra Inglaterra.—Gobi3rnala D. Mart3n de Padilla.—Terrible temporal la destruye.—Holandeses.—Su rápido crecimiento naval.—Petici3n de las Cortes en apoyo del corso.



ANDABA expatriado, de Londres á París y de París á Londres, viviendo á costa de humillaciones y bajezas, el vanidoso secretario que fué del rey de España Felipe II, el revolverdor de Aragón, Antonio P3rez, en maquinaci3n perpetua, entretenido el amor propio más aun que la maligna inteligencia, por suscitar desagradados á su anterior amo y seño, así padecieran, con tal de procurárselos, personas de todo punto ajenas á la raz3n del resentimiento, intereses sagrados, la patria misma, confundida por el perverso encono vengativo con la entidad que la regía.

Poseedor de los secretos de Estado, se complacía en des-



cubrirlos á los enemigos del catolicismo y de la preponderancia española, incitándoles á destruirla y acabarla, minándola por el lado del mar en razón á ser el más descuidado del Monarca, que tenía sin defensa los puertos, flacas y necesitadas las armadas, desatendidos los marineros, incapaces, por el número, de cubrir el vasto imperio de las Indias Orientales y Occidentales, y de asegurar la venida de los tesoros, en que consistía el secreto de su poder. El día que esos tesoros faltaran (decía á los ministros de Inglaterra) faltaría necesariamente el nervio de la guerra; pues aun con ellos, el Erario estaba en situación próxima á la bancarrota, pagando intereses de intereses de la deuda ¹. Á impedir la llegada de las flotas habia de dirigirse, por consiguiente, el cálculo del enemigo inteligente y activo ².

Ni Bacón, ni Cecil, ni el Conde de Essex, principales confidentes del emigrado, ignoraban del todo estas cosas; mas su penetración no llegara nunca al conocimiento cabal de los números, ni de los lugares endebles, sin la declaración oficiosa que eternamente pesará sobre su memoria ³. Por medios tales, solamente podrían divulgarse documentos como la cédula Real que sigue, dictada con objeto de obtener mayores recursos de las colonias:

«Considerando los grandes daños que, de algunos años á esta parte, han hecho y hacen los enemigos y cosarios en el mar Océano, y particularmente en la carrera de las Indias, no sólo robando lo que se lleva y trae dellas con navios y personas, pero infestando algunos de sus puertos, y junto saqueando las ciudades y quemando los templos, y que si esto no se ataja y previene con muy eficaz remedio se podrían temer los mismos y otros mayores inconvenientes; como quiera que de mi parte he hecho el esfuerzo posible para tener

¹ Se pagaba á Juan Andrea Doria, y á otros, 15 por 100 de los atrasos de asiento de galeras.

² Fernández Duro: *Antonio Pérez en Inglaterra y Francia. Colección de escritores castellanos*, t. LXXXIV. Madrid, 1890.

³ Juzgándolo Mr. Dargaud, en su *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*, escribió: «Antonio Pérez, tenaz, perverso, infatigable, intrigante, dando á conocer los puntos vulnerables de su patria, hizo en la historia el papel del parricida.»



segura la mar; como mi hacienda está tan empeñada y consumida con los grandes gastos que he hecho los años pasados y éste sustentando ejércitos y armadas tan gruesas, y las ocasiones presentes sean tantas, y tan precisas, y tan forzoso acudir á ellas, por estar á mi cargo la defensa de toda la Cristiandad demás de la de mis reinos, en ninguna manera se ha podido sustentar una gruesa armada, que conviene ande de ordinario navegando; para obviar los dichos daños y conseguir otros muy grandes efectos que de su conservación pueden resultar, serán principalmente interesados los vecinos y naturales de las Indias, á los cuales siempre he procurado relevar de la contribución de semejantes gastos....¹»

Á pesar de todo, no salieron afortunadas, ya se ha visto, las empresas de Drake y Hawkins en las Indias, ni las encaminadas á poner el pie en cualquiera de las Azores, siguiendo el consejo é instrucción de Antonio Pérez, por lo cual perdiera tal vez el crédito, á no ocurrir impensado suceso, de importancia bastante para cambiar el curso de la política inglesa. El 16 de Abril de 1596 escalaron los españoles los muros de Calés tras un sitio de corta duración, en que suplieron, como antaño en Flandes, la falta de embarcaciones con que contrarrestar las muchas de los enemigos ². Ganaban para su Rey el puerto que tanto había deseado, á pocas millas de los de Isabel. ¿Qué no osaría Felipe teniéndolo?

La consideración alarmante inclinó desde luego á los consejeros circunspectos á ceder el campo á los partidarios de la guerra activa, en estrecha alianza con Francia, ya que no con Marruecos también, como el español renegado insinuaba á su gran amigo y protector el Conde de Essex, favorito á la sazón de la Reina y sin superior en la influencia.

¹ Suárez de Figueroa: *Hechos del Marqués de Cañete*, pág. 160.

² Á propósito escribía Cabrera de Córbova (*Felipe II*, t. IV, pág. 185): «Las barcas vinieron al alba á reconocer; y vistos los españoles en el agua, se volvieron al mar temerosos y espantados: y comenzando á menguar se retiraron, hecha una memorable hazaña, en la determinación de sufrir el frío, el batir de las olas, el estar mojados y azotados todo el tiempo que duró el creciente, esperando pelear con navios, hechos navios también ellos: hecho animoso de españoles, siempre de admirar, siempre de loar, inmemorable siempre.»



Joven, animoso, ávido de distinciones, dió oídos al discurso con que el poseedor de los secretos de gabinete le incitaba á un golpe dirigido contra la reputación de poderío del Rey Católico, golpe que resultaría tanto más sensible y ruidoso cuanto más cerca se diera de su residencia; no en Flandes, no en las Indias; en cualquiera de las ciudades de la Península. Don Felipe había erigido y restaurado fortificaciones imponentes, formando plazas de primer orden en Italia y en los Países Bajos, enlazadas con vías y canales militares; para España no las había estimado indispensables, aunque otra cosa le informaran los consejeros, singularmente D. García de Toledo, insistente en proponer que, cuando menos, tuviera en Cádiz, en Gibraltar y en Cartagena defensas con que detener á cualquier enemigo ¹. Ni muelles, ni caminos, ni cuarteles había. En Flandes, en Italia, en los estados lejanos, se hallaba la gente de guerra; la famosa infantería, de todo el mundo respetada; en España sólo se contaba con milicia forzosa, sin armas, sin organización, sin jefes, ni paga. El secreto de la debilidad de la Península, sospechado tras las jornadas de Drake, descubría por entero el emigrado Secretario, asegurando con datos seguros ser temidos los españoles por no conocerlos ².

Cádiz, ciudad situada en una isla que forma con el continente espaciosa bahía, y que por la inmediación á la entrada del Mediterráneo, y por sus condiciones naturales defensivas, tiene inapreciable valor, ya se considere bajo el punto de vista militar, ya por el de las facilidades que ofrece al comercio marítimo de ambos mundos, servía de demostración á la verdad del adagio: «lo que se posee no se estima»; en tal descuido y abandono estaba.

Allí, por gobernador y capitán general, como plaza incluida en la costa de Andalucía, tenía el Rey, con general maravilla, al jefe inepto de «la Armada invencible», al Duque de Medina-Sidonia, tras los testimonios de incapacidad espontá-

¹ Correspondencia de D. García de Toledo, año 1575. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxviii, y *Colección Navarrete*.

² Fraser Tytler: *Walter Raleigh*.



neamente exhibidos, el desprecio de sus soldados y la befa de la opinión pública ¹; y tanto daba interés Antonio Pérez á esta circunstancia y á la de la proximidad de los moros, de que podía sacarse partido, que presentaba como preferente el intento de Cádiz al de Lisboa, aunque en la capital portuguesa ayudaran los descontentos y los partidarios del régimen caído, teniendo convencida su elocuencia al Conde de Essex, y el valimiento del favorito dominadas las objeciones de los prudentes como los obstáculos de los temerosos.

Aprestóse en sigilo la armada con elementos que no es fácil poner en claro: tanta es la diversidad de los historiadores que los cuentan. En promedio aparecen de 150 á 160 navés; de ellas 40 bien artilladas, el resto urcas, pataches y embarcaciones de comercio de 200 toneladas abajo, y 80 lanchas, propias para reconocimientos y desembarco. Los holandeses contribuían con 20 de las naos, urcas y charrúas, y con 1.000 soldados veteranos, los mejores de la infantería, computada en 15.000 hombres en algunas relaciones, al paso que otros comprenden en la cifra á los 10.000 marineros de la flota, oscilando por tanto en esta diferencia las versiones. Llevaban cañones de batir, caballos para arrastrarlos, carros de munición y víveres para tres meses, teniendo el mando de la escuadra el almirante de Inglaterra Lord Charles Howard of Effingham; el del ejército Roberto Devereux, conde de Essex, y á las órdenes de ambos Tomás Howard, conde de Suffolk, Sir Walter Raleigh, Sir Francis Vere, con los subalternos. Puestos á la vela el 1.º de Junio de 1596, recalaron á la boca del Tajo con propósito de reconocerla y tentar el ánimo de los portugueses, que al efecto iba á bordo el hijo de D. Antonio de Crato; mas como fueran apresadas las dos embarcaciones exploradoras, y se vieran dentro de la barra 18 navíos en disposición de defenderla ², continuó la

¹ Góngora le había titulado *Dios de los atunes* en un verso satírico, pareciéndole poco significativa la designación común de *gallina*, aplicada por el vulgo. Véase *La Armada Invencible*, t. 1.

² Los mandaba D. Diego Brochero, nombrado almirante general del Océano desde el año anterior. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 685.



armada navegando hacia el Sur á vista del Algarve, desde cuyas poblaciones fué aviso anticipado á Cádiz ¹.

Surtos en la bahía estaban ocho galeones de armada de la guarda de Indias, las tres fragatas en que trajo Sancho Pardo los caudales de Puerto Rico, la flota de Tierra Firme, lista para darse á la vela, escoltada por capitana y almiranta, que hacían en todo de 43 á 50 naves, y 18 galeras de la escuadra de España, fuerza, en suma, respetable y apta para cualquiera acción de mar ó guerra teniendo jefes para regirla, que era precisamente de lo que estaba falta, ausentes D. Francisco Coloma, general de los galeones; Sancho Pardo, que entregó las fragatas con el tesoro conducido en ellas, y el Adelantado de Castilla, capitán general propietario de las citadas galeras. En estas mandaba interinamente D. Juan Portocarrero; en los galeones, con igual condición, el almirante Diego de Sotomayor; únicamente la flota, lista, según va escrito, para salir del puerto, reunía los jefes naturales y propietarios, general Luis Alfonso Flores y almirante Sebastián de Arancivia, sometidos en cierto modo á la autoridad del presidente de la Casa de Contratación, D. Pedro Gutiérrez Flores, clérigo, presente en el puerto para ultimar el despacho de documentos.

No reconociendo superior jerárquico ninguno de los generales, juntáronse al recibir noticias de aproximación de la armada inglesa, acordando defender la entrada de la bahía con una línea que cerrase la canal, apoyada en el baluarte de

¹ Al salir de Inglaterra imprimieron y publicaron los caudillos un manifiesto, de que he visto traducción, con título de *Declaration des causes qui ont meu la Roynne d'Angleterre a declarer la guerre au Roy d'Espagne*. A Paris. Iouxté la copie imprimé á Londres, 1596, 6 fojas en 12.º—Roberto, conde de Essex y Carlos Howard, barón de Effingham, como jefes de la armada, hacían saber estar destinada á oponerse contra los preparativos que hacía D. Felipe para invadir los estados de su Señora, prosiguiendo el intento del año 1588, con la mayor armada que jamás se vió, la cual, por la gracia de Dios y el valor y honradez de los ingleses, fué destruida; y considerando que la Reina estaba en buena inteligencia con todos los potentados de la Cristiandad, si no es con el rey de España, que hacía años se hallaba en abierta é injusta enemistad, los referidos jefes habían recibido orden expresa de no molestar más que á sus súbditos y á los que le asistieran de cualquier modo, y para general inteligencia lo firmaban, sellaban y publicaban.



San Felipe, buen flanco, aunque tenía poca y ruin artillería, sosteniendo el centro el galeón del mismo nombre, bajel armado con 50 piezas y 500 hombres, y cubriendo los claros las naos más fuertes de la flota, artilladas como estaban todas con arreglo á ordenanza. Las galeras se habian de situar avanzadas entre los bajos de las Puercas y el Diamante, y las naos menos fuertes en segunda línea á retaguardia.

El día 30 de Junio, en que se presentaron las naves britanas á la entrada de la bahía, vista la disposición de las líneas, tomaron la vuelta de afuera mostrando indecisión. Se observó que acudían los bateles á la capitana, para celebrar consejo sin duda; que fondeaban en el placer de Rota para pasar la noche; que algo les contrariaba y detenía. Debíó juzgarse que no les parecía fácil ó llana la acometida, y ahora es de creer que, á no haber ocurrido cambio, hicieran lo propio que en Lisboa; esto es, alejarse sin arriesgar su fuerza, torciendo el rumbo hacia las islas Azores con objeto de interceptar las flotas, fin primordial de la expedición; mas como la indecisión se significara también entre los españoles, faltos de autoridad y dirección fija, influyó el interés de los armadores de la flota, cuyo cargamento se estimaba en más de cuatro millones, para retirar las naos al Puntal, ó Puntales que ahora se dice, descomponiendo la línea, para reformar la cual siguieron el movimiento los galeones, dejando franca y expedita la bahía. Los ingleses lo interpretaron por indicación temerosa, con que subía su aliento, decidiéndose á entrar por medio de las galeras.

El baluarte de San Felipe los dejó deslizarse sin daño; los galeones los recibieron cual correspondía, con certero fuego secundándolo por retaguardia las galeras, de manera que dos navíos echaron á fondo é incendiaron otro, causando entre las bajas la de Sir Walter Raleigh, herido de astillazo en una pierna. Duró el combate sostenido de cuatro á cinco horas, á cuyo término trataron de dejar el campo los galeones, dando la vela en demanda del caño ó canal del puente de Suazo, de entrada difícil aun en circunstancias favorables de marea y de serenidad, quanto más en las de precipitación de



la batalla. Sucedió, pues, que vararon en los cantiles, en cuyo momento los abandonaron las tripulaciones; la del *San Felipe* lo incendió previamente; las del *San Mattas* y el *San Andrés* no se entretuvieron en aplicar este recurso destructor, dejando al enemigo apoderarse de los dos vasos, únicos que aprovechó, porque las llamas del primero sirvieron de señal á la imitación en la flota, cuyas naves todas iluminaron con siniestro resplandor las aguas tres noches seguidas antes de consumirse. Quedaban las galeras manteniendo solas el puesto mientras tuvieran esperanza de volver á flote á los galeones con el esfuerzo de los remeros; y no consiguiéndolo, entraron por el caño, y cortando el tramo de madera del puente fuéronse á la mar por la boca de Sancti Petri, dando vuelta á la isla.

En tanto, á favor del desconcierto y confusión, echó en tierra el Conde de Essex 600 hombres de primera barcada, suficientes para franquearle la plaza de guerra; porque si bien halló al desembarcar á su frente 500 infantes y 300 jinetes llegados de Jerez y de otros pueblos, apocados ante el espectáculo de destrucción de la armada, sin cabeza ni dirección como ella, tornaron las espaldas, corriendo á refugiarse en Cádiz.

No pienso que la historia se haya de escribir desfigurando los hechos cuando parezcan vergonzosos, como en algunas de las que tengo á la mano se hace, ni se me alcanza que el rubor se evite volviendo la cara á la pared. Lo que el hecho por sí manifiesta, mal se disimula cubriendo á los actores con velos que han de transparentarse por tupidos que sean. Vergonzoso ciertamente es lo que aconteció en Cádiz; remedio no tiene; sirva de lección al menos.

En vano los fugitivos del Puntal llamaron azorados á las puertas de la ciudad; más temerosos y alborotados que ellos los vecinos, les intimaron el alejamiento, á que no se acomodaron; antes bien, soltando á los caballos, ayudándose de las lanzas y de un montón de escombros que al pie de la muralla había, entraron por encima de ella enseñando el camino á los ingleses, que lo siguieron, no habiendo persona determi-



nada á estorbarlo. Los cañones emplazados, al segundo disparo habían caído á tierra, podridos los montajes; los hombres que tenían arcabuces pedían pólvora y munición, sin encontrar quien se la diera; ¿quién se la había de dar habiéndose encerrado en el castillo el corregidor y capitán á guerra D. Antonio ¹ Girón, guardia de la plaza, abandonando con la honra cuanto estaba á su cargo?

Así se hicieron dueños del pueblo los enemigos sin disparar apenas un mosquete, espantados de su misma fortuna inconcebible, haciendo sufrir los horrores del saqueo á los que lo tenían merecido. Los del castillo, donde no había cosa que comer, se entregaron al día siguiente, admitida la suma de 120.000 ducados que ofrecieron por las vidas y vestidos puestos, respondiendo como rehenes 50 caballeros principales, prebendados de la Iglesia y mercaderes.

Desde Cádiz avanzaron por el Arrecife 2.000 de los invasores hasta el castillo del León, que acabó por rendirse, autorizado el Alcaide para verificarlo por su señor, el Duque de Arcos, no dispuesto á socorrerlo, con lo que fueron los ingleses dueños de la isla y del puente que la pone en comunicación con el interior; y á juzgar por el miedo y los dichos de las gentes del contorno, dueños serían, queriéndolo, del Puerto de Santa María, de Jerez y aun de Sevilla, sin que esto quiera decir que se tuvieran por ovejas mansas, ni faltaran caballeros y hombres buenos que espontáneamente escaramuzaban molestando sin cesar al enemigo. El pavor, como las profecías, engendraba el conocimiento de la autoridad á que estaban sometidos, el Duque de Medina-Sidonia.

Escribió al Rey, cuando avistó las velas inglesas, que ningún efecto harían en Cádiz por estar todo *muy en orden*: volvió á escribir al día siguiente no serle posible acudir á la ciudad por mar ni tierra, ocupados cual estaban los pasos por enemigos, y que á Jerez se iba á formar plaza de armas; guardóse muy bien de comunicar que, habiéndole propuesto, si facilitaba cuatro ó cinco mil hombres, desembarcarlos con

¹ Agustín le nombra Cabrera de Córdoba.



las galeras en sitio adecuado con probabilidad de recuperar la plaza perdida, por saberse con seguridad por los prisioneros y las escaramuzas lo que la tropa del asalto era; que, habiéndole instado para ensayar en la bahía algún medio destructor de las naves, á todo se opuso, á nadie consintió hacer lo que él no hacía. Escribiendo, por último, no quedar armada, flota, ciudad, ni nada, le pareció momento oportuno para representar «lo poco remunerados que habían sido siempre sus servicios ¹».

En Cádiz permanecieron quince días los ingleses, registrado escondrijos, embarcando las mercancías almacenadas, ropas, muebles ú objeto de valor, y á lo último la artillería de los galeones y de la plaza, las campanas, rejas y aun puertas y ventanas. Deliberaron los jefes en consejo si convendría alguna incursión á cualquiera de los pueblos importantes, siendo contrario el acuerdo por entender encontrarían fuerza considerable reunida en los días transcurridos y podían comprometer el éxito alcanzado. Opuesto fué el acuerdo asimismo á la propuesta formulada por el Conde de Essex, de conservar la plaza conquistada, ofreciéndose á quedar en ella con 400 ó 500 soldados que obtendrían mantenimientos de Berbería; la mayoría deseaba poner en cobro el botín estimado en veinte á veintidós millones de ducados, una vez abierta á la reputación del rey Felipe y al poderío de España la herida de que difícilmente había de convalecer.

Esto resuelto, embarcados los rehenes con las tropas, arrimaron la tea á las iglesias y caseríos, ardiendo la ciudad por todos lados é iluminando la bahía cuando la dejaban, antes de amanecer el 16 de Julio. No se molestaron en demoler los muros y baluartes; tales eran ellos; pero se llevaban los dos galeones apresados, que entre los suyos descollaban y se distinguían por la grandeza y hermosura.

Al perderse de vista las velas, entró en Cádiz el Duque de

¹ *Documentos relativos á la toma y saco de Cádiz. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. XXXVI.*



Medina-Sidonia con acompañamiento de muchas compañías que alojar sobre los escombros ¹.

Las galeras siguieron á distancia la retaguardia sin tomar más que un navío de 120 toneladas, por el orden y cuidado con que navegaban. En cambio Pedro de Zubiaur batió en su crucero del Norte á seis que venían de Inglaterra trayendo á la Armada municiones, apresando á cuatro y echando á fondo las otras dos.

Sobre si habían de desembarcar en Portugal hubo diferencias entre el Almirante y el Conde de Essex, defiriendo esta vez á los deseos del favorito de la Reina. Las naos surgieron en Faro, y desembarcó su gente sin oposición, porque los vecinos, lo mismo que los de San Blas, pueblo tres leguas distante, lo habían abandonado; fué, por tanto, de corto valor lo que hallaron, si no se cuenta la librería de Osorio, que debía de tener notoriedad cuando los historiadores

¹ Conocido es el soneto satírico de Cervantes que acaba diciendo:

«Tronó la tierra, obscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina,
Y al cabo en Cadiz, con mesura harta,
Ido ya el Conde, sin ningún recelo,
Triunfando entró el gran Duque de Medina.»

Tratan del suceso relaciones de la época, algunas insertas en la *Colección de documentos* citada: otra que escribió el Corregidor del Puerto de Santa María se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional. Debió conocerlas Fr. Pedro Abreu al redactar su *Historia del saqueo de Cádiz en 1596*, reimpressa en 1866. D. Adolfo de Castro las ha dulcificado en el resumen con que compuso el capítulo 1, libro VI, de la *Historia de Cádiz y su provincia*. (Cádiz, 1838.) El dicho Cervantes se inspiró también en las escenas del saco al discurrir las de la novela *La española inglesa*. Puede agregarse á las narraciones españolas, *Nouveaux Avis envoyez de Madrid et Seville en Espagne: Touchant tout ce qui s'est passé en la prise de l'isle et ville de Calix en Andalousie, par l'armée naval d'Angleterre et autres confederéz*. Lyon, 1596-8.—Item. *Copie d'une missive écrite de Seville en Espagne contenant les executions de l'armée Angloise de 29 & 30 Juni 1596 en la prise des Haures & ville de Calix en Espagne*. [Viñeta.] A Paris, 1596. 6 fojas 8.º Según esta relación, el Corregidor de Cádiz, D. Antonio Girón, era mas á propósito para manejar una rueda que una espada. Item. *Nowelles de ce qui s'est passé en Espagne depuis la descente de l'armée Angloise à Calix avec autres particularitez de ce qui se passe à Bayonne & en Bretagne*. [Viñeta.] A Paris, 1596. 7 fol. 8.º Relación escrita por un partidario del principe de Béarne, propalando tantas falsedades como párrafos, entre ellas la toma de Jerez por los ingleses, evacuación de Bretaña y presa de sesenta navíos españoles con muerte de diez mil hombres.



ingleses la mencionan por trofeo entre las reses y hortalizas ¹. Siguieron desde allí hacia el Norte, aproximándose á la Coruña con objeto de poner en tierra á uno de los caballeros regidores de Cádiz que les servían de rehenes para el pago de los 120.000 ducados convenidos, gravemente enfermo, y dieron motivo para comparaciones poco favorables al distrito gobernado por el Duque de Medina-Sidonia. En cuanto se esparció la alarma, acudieron voluntarios á defender la ciudad 5.000 hombres armados; y como se diera orden para internar á las mujeres, se negaron á ello, alegando haber probado anteriormente que podían ser útiles en las murallas. Mas no hubo necesidad de poner á prueba las voluntades por haberse perdido de vista la armada enemiga con rumbo á Inglaterra.

Sonaba con la hora de su marcha la de averiguación de los culpados en la pérdida de Cádiz, acontecimiento recibido en la opinión por menos desgraciado que ignominioso, abriendo el proceso, por orden del Rey, D. Luis Fajardo y el licenciado Armenteros. Treinta personas fueron diversamente condenadas, y con rigor mayor los jefes de la marina, don Juan Portocarrero, general de las galeras; Luis Alfonso Flores, que lo era de la flota, y Diego de Sotomayor, almirante

¹ En la Biblioteca Nacional, signatura G 51, fol. 205, hay manuscritos *Relação da desembarcação dos Ingreses na cidade de Faro, e de todo o mais successo*. Otra en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 241, contiene declaraciones de D. Bartolomé de Villavicencio, regidor de Cádiz, que iba en la *Capitana* de Howard, y fué el que por enfermo dejaron en la torre de Hércules. Refiere un incidente curioso de 60 castellanos á caballo que, sin jefe ni mandato de nadie, acudieron á Faro, y hallando á los ingleses posesionados, hicieron alto al otro lado del río y enviaron reto, diciendo llegaban voluntarios á probar las armas tantos á tantos, como los britanos quisieran. Enviaron éstos un hombre solo; salió otro de los españoles, y de una y otra parte presenciaron el combate, en que venció el último. Entonces los ingleses, faltando á lo pactado, se echaron sobre el vencedor, haciéndole pedazos, y los compañeros se alejaron, manteniéndose á la vista hasta la hora del embarco, en que cargaron á la retaguardia, consiguiendo tomar 27 prisioneros. Á éstos cortaron las narices, las orejas y las manos, dejándolos en libertad de irse á las naves; y al verlos el Almirante, declaró indignado que, si averiguaba quiénes fueron los de la traición hecha á los españoles, los ahorcaría. Dijo otro declarante, prisionero de los ingleses en la mar, que lord Howard le interrogó dentro de su cámara, echado en un lecho de brocado, vestido de raso blanco, rodeado de caballeros.



de los galeones ¹. El Duque de Medina-Sidonia acreditó sin duda la bondad de sus providencias ante S. M., pues que las aprobó, agradeciendo el celo ².

La inmediata disposición se encaminó á la salida de don Luis Fajardo, con 36 urcas armadas que habia en el rio de Sevilla, para asegurar las flotas, orden oportuna por estar situado, como de costumbre anua, el conde de Cumberland en las islas Terceras, y con el encuentro de estas fuerzas hubo de volverse á Inglaterra con 20 muertos y algunas averias ³. En los mismos días se apresaron en la costa de Galicia cuatro corsarios de los menudos, que andaban al merodeo ⁴. Las flotas llegaron sin accidente á Sanlúcar, siendo la plata que conducian lenitivo á los sinsabores.

Doliente, afligido de la gota y de la fiebre como el rey don Felipe estaba, trató de repararse de los golpes dándolos en Irlanda con arreglo al plan formulado por D. Diego Brochero, que consistia en favorecer y ayudar al Conde de Tyrone, jefe de la insurrección contra la reina Isabel, levantando la bandera de independencia de la isla. Con tal objeto se ordenaron aprestos en Cádiz, en Lisboa y en Ferrol, recomendando urgencia que mal se avenía con la falta de recursos, ó más bien con el laberinto administrativo que los anulaba. Marcos de Aramburu, general de 11 galeones y cuatro pataches, salió de Cádiz conduciendo pertrechos para armar otros 11 galeones construídos en Guipúzcoa; más como los vientos contrarios lo detuvieran, no le esperó el Adelantado de Castilla ⁵, nombrado jefe de la expedición, considerando ser hartó

¹ Andrés de León: *Historia del Huérfano*, ms. en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XLIII.—Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 211.

² Real cédula dada en Toledo á 31 de Julio de 1596. *Colección de documentos inéditos*, t. XXXVI, pág. 433. Sin embargo, el juicio de la posteridad, sobre todo el de los militares, no absuelve al principal en el proceso «formado para escarmiento de incapaces y cobardes, pues de ambas cosas, desgraciadamente, se puede acusar á los que no impidieron catástrofe semejante». D. Eduardo de Mariátegui: *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del sig.º XVII*. Madrid, 1880, pág. 48.

³ Barrow, obra citada.

⁴ *Colección Sans de Barutell*, art. 6, núm. 165.

⁵ Don Martín de Padilla y Manrique, adelantado mayor de Castilla, nacido en Calatañazor, empezó á servir militarmente en Flandes en 1558, y diez años des-



tarde ya para navegar hacia el Norte; y tanto era como temía, que, alcanzándole la sacudida equinoccial en el paraje de Viana el 28 de Octubre, dieron al través entre Corcubión y el cabo Finisterre 32 navíos, sin contar carabelas ni embarcaciones menores, pereciendo cerca de 2.000 hombres, y salvándose á duras penas los bajeles restantes en diversos puertos del golfo de Cantabria ¹. El general de mar, escribía

pués lo hizo en la marina como cuatralvo. Con este cargo asistió á la batalla de Lepanto, distinguiéndose con la rendición y apresamiento de cuatro galeras turcas, una por cada una de las suyas. En 1585 servía el alto puesto de Capitán general de las galeras de España; hizo bastantes presas á los argelinos, atendió al socorro de los presidios de Berbería, cuidó del orden y organización de su escuadra, dictando oandos é instrucciones. Obtuvo por sus servicios título de primer Conde de Santa Gadea en 24 de Julio de 1587, teniendo por la casa los de Conde de Buendía y grande de España. En 1589 defendió la entrada del Tajo á la armada de Draque, y al retirarse picó su retaguardia, haciéndole presa. Por último, fué nombrado en 1596 capitán general de la Armada del mar Océano.

¹ Con fecha 14 de Diciembre daba cuenta de ocurrencias el Adelantado al Rey, expresando haber sido la pérdida en el cabo de Finisterre menos de lo que se creyó. El tanteo arrojaba los siguientes datos:

Salieron de Lisboa 81 navios; y habiéndose juntado 19 de Sevilla, eran.. 100
Había en Ferrol y otros puertos..... 75

Por manera que faltaban 25
de los cuales 20 conocidamente se habian perdido, y eran los que siguen:

	To- neladas.	Sol- dados.	Ma- rineros.	Gente salvada.	La que falta.
DE SU MAJESTAD.					
<i>Galeón Santiago</i>	900	239	91	23	307
<i>Esperanza</i>	120	48	28	70	6
<i>San Felipe y Santiago</i>	500	140	60	200	»
<i>Galizabra de Portugal</i>	350	120	60	180	»
DE PARTICULARES.					
<i>Nao Anunciada de Portugal</i>	1.000	160	90	7	243
<i>Galeón Capitana de Ivella</i>	1.100	406	118	384	140
<i>Galizabra Santa Cruz</i>	80	30	20	40	10
URCAS.					
<i>Ángel de Jacumbelum</i>	200	122	22	90	54
<i>Morión</i>	300	104	24	124	4
<i>Jonás el grande</i>	300	110	25	25	110
<i>David</i>	400	187	26	50	163
<i>Charrúa de Ocar</i>	80	31	14	21	24



Herrera ¹, ha de ser dichoso, como el médico. Dichoso no era el Adelantado, aunque por tal se considerara recogiendo en el Ferrol las reliquias de la flota puesta á su cargo con propósitos una vez más desbaratados.

No debe pasar sin observación, entre las ocurrencias del año 1596, la actitud ofensiva de las Provincias unidas, ó sea de las rebeladas en los Países Bajos, concurriendo con 20 de sus navíos y un regimiento de soldados veteranos al ataque de Cádiz. Habían combatido á la armada española en los Bajos de Flandes durante la jornada de 1588; habían contribuído también, con ingleses y franceses, al sitio del León, en Brest; mas todo ello entraba y podía considerarse defensa de su territorio, mientras que ahora, por vez primera, se atrevían á romper las hostilidades en las tierras y puertos de su antiguo señor, adonde, por raro que parezca, continuaban viniendo de paz y comerciando sus navíos, lo mismo que si nada hubiera cambiado en el modo de ser de los pueblos

	To- neladas	Sol- dados.	Ma- rinos.	Gente salvada.	La que falta.
<i>Saetia marsellesa</i>	90	40	20	40	20
<i>Ángel</i>	200	85	19	47	57
<i>Sansón el Chico</i>	300	137	25	160	2
<i>Santiago de Pedro Linés</i>	160	137	25	160	2
<i>San Pedro de Sevilla</i>	250	120	20	133	7
<i>Santiago de la Tercera</i>	200	71	15	30	56
<i>Mezmau</i>	200	106	20	12	114
<i>Domingo, irlandés</i>	60	26	14	21	19
CUÉNTANSE POR PERDIDAS.					
<i>Ángel Gabriel</i>	350	150	24	»	174
<i>Urca de Pedro Juan</i>	130	41	14	»	55
<i>Jonás el Chico</i>	80	30	12	»	42
<i>Francés de Olona</i>	50	20	12	»	32
<i>Delfín de Olona</i>	50	22	12	»	32
25.....	7.450	2.603	797	1.694	1.706

Entre los muertos, ocho capitanes, tres caballeros irlandeses y siete oficiales.

Según cuenta posterior, las naves perdidas subieron á 32.

Colección Sans de Barutell, art. 4, números 1.262, 1.267 y 1.263. — *Colección de Jesuitas*, t. LXXXVIII, fol. 242.

¹ *Historia general del mundo*.



desde los tiempos de Carlos de Gante. Venían y comerciaban los bajeles holandeses, favorecidos de los mercaderes castellanos, mediando para ello recomendación é informaciones de Guipúzcoa, Vizcaya, Cuatro Villas, por intermedio del secretario D. Juan Idiáquez ¹. El Rey embargaba ó fletaba naves holandesas y zelandesas, sirviéndose de ellas y de los marineros y artilleros en sus escuadras, verificándolo el mismo año 1596 de la hostilidad, en que no pocas urcas vinieron á embarcar vinos de Canarias con diversas mercancías. Al exponerse á perder la benevolencia con que eran tratados siéndoles tan provechosa, daban señal de la vitalidad adquirida desde los principios de la insurrección; vitalidad á nuestras expensas lograda con el desarrollo de las industrias de mar, la pesca y la navegación. Tenían en la data anotada 70.000 marineros; habían constituido Compañías de armadores que ensayaron expediciones á las Indias orientales y occidentales, sin desanimarse por los primeros infructuosos resultados, y despachaban ya convoyes de 200 velas con cargamento de trigo para el fondo del Mediterráneo ².

Asimismo es de reparar por este tiempo la petición que dirigieron las Cortes al Rey para que se concedieran licencias de armar en corso á particulares y se sacara provecho de un recurso tan ejercitado por los enemigos, origen de la orden general circulada concediendo á cuantos quisieran hacerlo el beneficio del quinto de presas perteneciente á la Corona, que únicamente reservó para sí la artillería de bronce y los prisioneros flamencos.

Dos de las concesiones tenían realmente alguna similitud con las de los grandes señores de Inglaterra: la de D. Tiburcio de Gonzaga para armar dos navíos contra rebeldes ³, y la del bailío Luis Álvarez de Tavora, en que la facultad se extendía á la formación de armada de diez navíos, nombramiento de personas que los gobernara y amplitud del radio

¹ Colección Vargas Ponce, leg. 7, núm. 158.

² M. Le Clerc: *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas*. Amsterdam, 1723.

³ Colección Sans de Barutell, art. 4.º, núm. 1.261.



de acción contra todos los enemigos en los mares de Europa é Indias¹; mas en el resultado no podian asemejarse; el aliciente del corso entre los extraños era el tesoro de metales del Nuevo Mundo, entendiendo que la captura de una sola nave resarcía los gastos del armador de escuadra contentando á los tripulantes.

¹ *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 87.

